

Deconstruir el adultocentrismo: una tarea intergeneracional

Autor(es): Constanza Gueglio

Volumen 3, enero 2023.

Nos encontramos viviendo un momento histórico social muy particular. A la par que las luchas por los derechos humanos se encuentran en auge, en los últimos años las violencias en todas sus formas han crecido de manera sustancial. Sin lugar a dudas, la crisis económica y social que desató el COVID impactó de manera profunda en la sociedad y significó importantes retrocesos en la garantía de los derechos de todas las personas. A las infancias les tocó una de las peores partes. Según los datos de distintos organismos nacionales e internacionales, en los últimos dos años las violencias contra niños, niñas y adolescentes crecieron en todos los ámbitos: en las escuelas, en las calles y, especialmente, al interior de las familias. Y aunque existen diferencias claras entre las formas que estas violencias adquieren, hoy sabemos que tienen una raíz común: todas ellas se basan en una concepción adultocéntrica del mundo que habitamos.



Nos encontramos viviendo un momento histórico social muy particular. A la par que las luchas por los derechos humanos se encuentran en auge, en los últimos años las violencias en todas sus formas han crecido de manera sustancial. Sin lugar a dudas, la crisis económica y social que desató el COVID impactó de manera profunda en la sociedad y significó importantes retrocesos en la garantía de los derechos de todas las personas. A las infancias les tocó una de las peores partes. Según los datos de distintos organismos nacionales e internacionales, en los últimos dos años las violencias contra niños, niñas y adolescentes crecieron en todos los ámbitos: en las escuelas, en las calles y, especialmente, al interior de las familias. Y aunque existen diferencias claras entre las formas que estas violencias adquieren, hoy sabemos que tienen una raíz común: todas ellas se basan en una concepción adultocéntrica del mundo que habitamos.

El adultocentrismo es un sistema de dominio que establece una jerarquía de poder entre adultxs y niñxs otorgando a lxs primerxs un mayor valor social y por tanto un lugar privilegiado en la cultura. Esta desigualdad de poder se traduce en una minimización de las necesidades, preocupaciones y deseos de las infancias, dando por resultado una vida social que se ordena alrededor del ser adultx. El adultocentrismo permea todos los espacios de la vida cotidiana: determina cómo se organiza el espacio público, cómo se hace uso del tiempo, qué valor tiene la palabra de cada quién y quiénes participarán (o no) en la vida política de un pueblo.

Como todo sistema social, el adultocentrismo supone la construcción de sentidos y la generación de prácticas que lo sustentan y que se naturalizan. Es decir, que pasan a formar parte de los discursos de sentido común respecto del “cómo deben ser las cosas” en una sociedad dada. Podemos observar que aunque en los últimos años han empezado a generarse cambios hacia otro tipo de relaciones intergeneracionales que nos atraviesan, éstas siguen marcadas por dos viejas ideas:

Las personas adultas deben cuidar a niños y niñas y saben lo que es mejor para ellxs, guiando la toma de decisiones.

Los niños y niñas deben “hacer caso”, “portarse bien” y aceptar todo lo que provenga del mundo adulto.

Es decir, en nuestra sociedad, son las personas adultas quienes, en el marco de una relación de cuidado, definen y aplican prácticas de crianza y educación



hacia lxs niños y niñas, a quienes aún se considera sujetxs pasivxs, tabulas rasas sobre quienes imprimir conocimientos y formas de existir en el mundo, y se espera de parte de ellxs el acatamiento.

De este modo, las relaciones entre adultxs y niñxs se convierten en caldo de cultivo para el ejercicio de una multiplicidad de violencias, que hoy en día entendemos como violencias adultistas.

Para poder erradicar la violencia adultista, necesitamos conocer, pensar y tener una mirada crítica sobre las formas diferenciadas que ésta adquiere, poder identificar y reflexionar sobre cada una de ellas, sus consecuencias y sus implicancias. Pero hacer este ejercicio solamente desde nuestra óptica adulta representaría una profunda contradicción. Para entender los matices de las violencias adultistas necesitamos indefectiblemente escuchar a las infancias.

Aunque parece una obviedad, aún hoy no tenemos instalada la práctica de la escucha como modo de relacionarnos con los niños y las niñas. Porque lo que se nos enseñó, lo que vivimos en carne propia, es que las relaciones con las infancias están marcadas por la imposición. A lxs niñxs se lxs manda, se lxs corrige, se lxs convence de que nosotrxs sabemos lo que es mejor, y que algún día, cuando sean grandes, lo van a entender.

Ejercitar la escucha en la vida cotidiana supone una serie de movimientos relacionados con nuestra posición ético-política en el mundo: reconocer los privilegios que conlleva la posición adulta y animarse a cuestionarlos y a perderlos; dejar espacio para que emerjan formas nuevas de relación intergeneracional que, por no haber vivido en nuestra niñez, desconocemos su sentir. Proponerse activa y conscientemente habitar la curiosidad y abrazar la incertidumbre que trae la construcción mutua con las infancias. Atravesar el desafío de mantener la asimetría en el cuidado pero enmarcada en otras coordenadas relacionales: las del verdadero reconocimiento y respeto mutuo.

Es importante resaltar que una escucha atenta y respetuosa no significa una simetrización del vínculo. La relación de cuidado que marca el vínculo adultx-niñx es necesariamente asimétrica, y supone determinadas responsabilidades, no solo legales sino éticas, para quienes tenemos la tarea de cuidar. Somos las personas adultas quienes debemos garantizar a lxs niños y niñas los derechos que le son reconocidos, y erradicar las barreras que existan para su acceso pleno. Esta responsabilidad es indiscutible.



Escuchar, en este sentido, no es solamente un ejercicio de buena voluntad, sino la puesta en acción de un derecho. Pero para que no se convierta en una ficción, debemos entender su sentido político: no hay forma de construir un mundo que sea vivible para todxs si no podemos acercarnos a las perspectivas de las infancias al habitarlo. Por eso, así como lo hicimos con el género, hoy tenemos el desafío de transversalizar la mirada de las niñeces sobre nuestros modos de construir la realidad. Porque las infancias, en toda su diversidad, tienen saberes propios, intereses múltiples y cuestionamientos profundos y sumamente válidos sobre el mundo. Un mundo que, definitivamente, es también suyo.